mundo gráfico

Miércoles,
19 de Enero
de 1938

AÑO XXVIII
Número 1.368
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

Hombres de Inglaterra ante el drama de España

Han visitado estos días nuestro país — nuestros frentes, nuestras fábricas... — varios diputados ingleses, ante los que el drama de España se ha alzado con toda su verdad y toda su fuerza. Vedlos aquí durante un festival infantil celebrado en Barcelona

(Fot. Torrents)

Un homenaje al defensor de Madrid

El general Miaja, con el general Cardenal y los doctores Estellés, Fernández Gómez y otros, durante el acto celebrado en la Jefatura Militar del Ejército del Centro en honor del ilustre defensor de Madrid

(Fot. Videa)

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

El bigardo redimido

No deja de causar sorpresa, aun al menos observador, el ver cómo el hecho trágico de la guerra ha sido capaz de cambiar radicalmente la psicología de algunos hombres. Son muy frecuentes los casos en que un compañero que durante toda su vida fué hombre pacifista, sedentario, que aborrecía por sentimiento y por convicción todas las formas de la violencia, se ha asimilado con la guerra lo que pudiéramos llamar una personalidad nueva, un alma distinta, y se ha convertido en un luchador fervoroso, en un combatiente entusiasta.

Por lo general, de esta cantera magnífica de hombres transformados espiritualmente por la guerra han brotado la mayoría de las figuras heroicas que hoy integran nuestro Ejército popular.

En menor escala, y sin alcanzar esas proporciones heroicas, la guerra también ha cambiado la sensibilidad y el concepto de la vida de muchas gentes que antes vivían cobijados en una indiferencia egoísta o en un cómodo vivir picaresco.

No hace muchos días pude observar uno de estos casos, que, dentro de lo pintoresco, no deja de ser ejemplar. A mi sector del frente llegó un Batallón de Fortificaciones. Los temporales habían causado desperfectos en las trincheras, y era urgente repararlos. Los camaradas de fortificación se entregaron al trabajo con magnífico ardor, a pesar de que la tarea era dura y la temperatura rigurosa rayaba en siberiana.

Distinguí en uno de los que con más energías trabajaban a un antiguo conocido. En la calle de Toledo, de Madrid, le llamábamos *el Toreri*. Había querido ser en su primera juventud lidiador taurino, y había fracasado. Era uno de tantos bigardos que pululaban por Madrid sin oficio ni ocupación conocida. Se dedicaba a las cosas más varias, siempre que no representaran una labor seria y ordenada. Era tan pronto revendedor como se ganaba unas pesetas *cantiñeando* en una juerga; comisionista de las cosas más absurdas, chalaneaba en todo, y lo mismo le daba cobrar el corretaje de una venta de automóvil que recibir una propina por proporcionar a algún Tenorio informes amorosos.

Era, en suma, un pícaro, que tenía por orgullo «vivir del cuento» y «no haber dado un golpe en su vida».

Yo trabajaba entonces de peón con un contratista de pavimentos, y cuando me encontraba en la calle, siempre me dirigía algunas burlas. El se había hecho el propósito de vivir sin trabajar, y como lo iba consiguiendo, se mofaba, llamándonos «primos», de los que ganábamos un jornal con duro esfuerzo.

Recuerdo que una de sus bromas predilectas era quedarse mirando a la pala o el pico que yo tuviera en las manos, y decirle con sorna:

—Ni tú para mí, ni yo para ti.

Imaginaos mi sorpresa cuando le vi afanarse, como el mejor, en su tarea. Pala en ristre, trabajaba con verdadero tesón. Me saludó, como siempre, sonriente y burlón, y me dijo:

—Ya ves, compañero, ¡la guerra! Si será una cosa grande, que hasta me hace a mí trabajar. Y a gusto, no te creas. Entré voluntario en este batallón, y aquí sigo. Tú ya sabes cómo yo era. Pero llegó la guerra y el peligro de Madrid. Y empecé a ver que todos iban a ser útiles donde les mandaban. En las calles, los carteles pidiendo brazos para fortificar Madrid parecía que me gritaban, *acharándome* por mi vagancia. Vi llegar hombres heridos en los frentes, otros que se afanaban para que les dieran tajo. Cada uno hacía cuanto podía. Total: que me dió vergüenza de ser una excepción, de no ayudar a los demás en la tarea de defender Madrid, nuestro pueblo. Y por esto me enrolé, y aquí me tienes.

Hizo una pausa, y, volviendo a su humor bromista de siempre, cogió la pala con las dos manos, y haciendo una graciosa reverencia, me la enseñó, mientras decía:

—¡Ah! Se me olvidaba. Me he casado. ¡Y aquí tengo el gusto de presentarte a mi compañera!—SEBASTIÁN MAQUEDA GARCÍA».

Un "rojito"

«Ibamos a relevar, camino del frente de Aragón, cuando a poca distancia de un pueblo, el camión que nos conducía hubo de frenar y detenerse. Plantado en medio de la carretera había un «chaval» como de nueve años, que, con el puño en alto, nos hacía señas de que parásemos. Y tan decidido estaba a lograrlo, que si no es por el rápido frenazo le hubiéramos atropellado, pues el pequeño no parecía dispuesto a moverse de su sitio.

Apenas se detuvo el vehículo, el chico, más ágil que un mono, y sin que nosotros pudiéramos evitarlo, trepó a lo alto del camión y se metió entre nuestras piernas.

Creímos que sería un niño extraviado. Pero en su rostro no había la menor expresión de susto. Nuestro sargento, entonces, le preguntó por qué había hecho parar el camión, y el chico, con acento muy firme, respondió:

—Porque quería que me llevarais con vosotros.

—Pero, tú, ¿de dónde eres? ¿Adónde quieres ir?

—Soy de aquel pueblo (y nos señaló el que aparecía no lejos). Mi madre se va a ir a Valencia. Se corren voces de que va a haber ahora cerca de aquí pelea fuerte, y muchos vecinos están evacuando el pueblo. Yo no me quiero ir. ¡Yo tengo que estar con vosotros! Por eso me he escapado esta mañana de casa. Aquí, metido en el camión, podéis pasarme por el pueblo sin que me vean.

—Pero, ¿qué vas a hacer tú con nosotros, «chaval»?

Y él, sin titubeos, respondió con la mayor naturalidad:

—¡Anda! Pues lo que todos. Ir al frente.

Nos echamos a reír, y el «peque» se enfadó, y con una voz que nos emocionó a todos, dijo:

—No os riáis. Yo tengo mis razones. Mi madre, como me quiere mucho, no las comprende. Pero yo ya soy un hombre (y lo decía con profunda convicción), y no debo irme a Valencia. Para algo serviré con vosotros.

Y en los ojos del «peque» había una gran ansiedad al preguntarnos:

—¿No serviré siquiera para corneta?

Entonces, ya sin tono de broma, como si en verdad hablara a todo un hombre, nuestro sargento preguntó al «chaval»:

—Pero, ¿por qué tienes tú ese interés en ser soldado, muchacho?

Y el niño, con la voz ronca de emoción, contestó:

—Porque es mi deber. Mi padre, que era labrador, había ido a Belchite cuando estalló el movimiento. ¡Y los fascistas, porque era socialista, me lo han matado!

No se nos olvidarán nunca las lágrimas, los gritos, las imploraciones de aquel niño, al que el dolor había hecho hombre, cuando le entregamos, minutos después, en brazos de su madre.—FAUSTINO SAN GERMÁN PRIETO».

Historias de nuestra guerra

XVI

Un recalcitrante

CUENTA, lector, esta historia. Un veterano comisario, uno de esos hombres que con su tesón, su ejemplo, su fervor infatigable, han sido alma y nervio de nuestro hoy potente Ejército Popular. Es un idealista, al que la guerra ha transformado en hombre de acción. Viste uniforme, y combate; pero en su conciencia sigue incólume el viejo credo redentor, pacifista, que concede a las conquistas del espíritu predominio perenne sobre todas las formas de la materia.

Habla el comisario, con su verbo cálido, que ha flameado tantas veces como una bandera en las propias líneas de fuego.

—Muchos combates hemos librado, y son aun más y más duros los que tendremos que ganar para afirmar nuestra victoria. Pero cuando ésta llegue, aun tendremos que seguir luchando mucho tiempo contra nuestros peores enemigos: la ignorancia, el desconocimiento que la masa popular aun tiene de la significación de nuestra lucha. El arma más potente del enemigo no son, como se cree, sus cañones, sus aeroplanos, sus morteros. Contra ellos, el heroísmo del pueblo ha demostrado que sabe luchar y vencer. Pero usa otro arma aun más dañina, porque operando sobre las conciencias, fundamentándose en la ignorancia de las pobres gentes, las sugestiona y engaña. La propaganda que han hecho para desvirtuar el significado de nuestra guerra, aprovechándose de la incultura de las masas, es enorme. En cada pedazo de tierra que reconquistamos para la República notamos el brote de esa mala semilla que han sembrado los fascistas; los «rojos» somos, según ellos, unas hordas vandálicas, despojadas de todo sentido humano. Con nosotros va el aniquilamiento, el caos, la violencia estéril.

Ve este caso de que fuí testigo:

—Después de una serie de rudos combates, ocupamos un pueblecito que había estado en poder del enemigo desde principios del movimiento.

Muchos vecinos, para librarse de los accidentes propios de la guerra, habían huído a los montes próximos al iniciarse la lucha. Pero poco a poco fueron regresando al pueblo. Se repartieron las fuerzas, para descansar unos días, en las casas de los vecinos. El pueblo cambió de fisonomía; por doquiera se veían grupos de soldados departiendo animadamente con los campesinos.

Yo y otros dos muchachos de mi compañía nos alojamos en casa de un modesto matrimonio de labradores, con dos chicos pequeños y los abuelos, que también vivían bajo su protección.

En los ratos de descanso hablábamos, como era natural, de la importancia de nuestra lucha y de la recompensa que el pueblo obtendrá de la victoria final. Asentían todos, menos el abuelo, que era el único en mostrarse refractario a nuestro entusiasmo.

Como un sonsonete cansado, no cesaba de repetir «que éramos unos ilusos, que siempre habría pobres y ricos, y que éstos siempre harían su gusto y mandarían. El estaba muy escarmentado, por su larga vida, y sabía más que nosotros».

Estuvimos unos días en aquella casa. Llegaron los víveres que la Intendencia nos facilitaba. Nada en aquella casa había oculto para nosotros, ni nosotros lo teníamos para ellos.

Llegó, por fin, la orden de marcha. Y entonces vimos que todos los semblantes se ponían tristes.

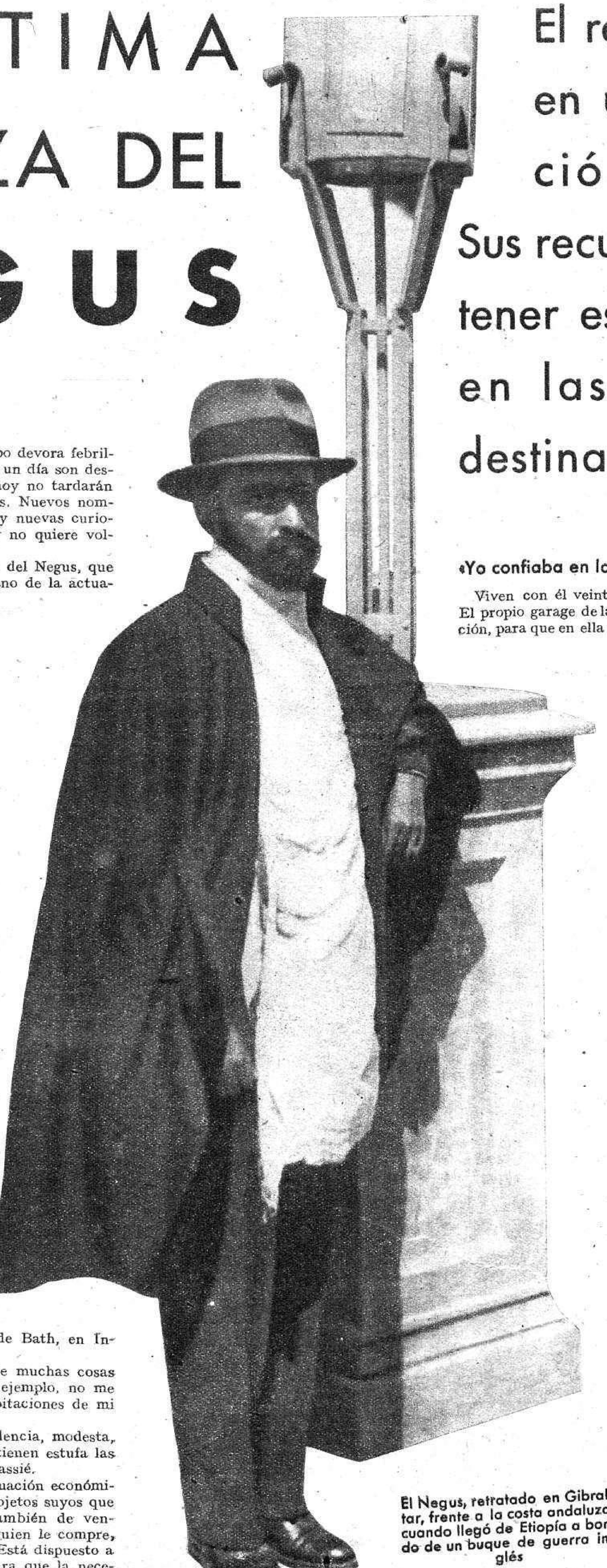
Estábamos preparando nuestros equipos, cuando vimos que el abuelo se acercó a nosotros, y con lágrimas en los ojos nos dijo:

—Hijos míos, a pesar de que yo creía que mi experiencia tenía razón, tengo que confesaros que me he equivocado. Mi recelo y la mucha propaganda que contra vosotros, «los rojos», me habían hecho, me han tenido ciego. Hoy veo que no todos los hombres proceden igual; que son distintos según sus ideas, y creo que será posible esa vida mejor y más justa por la que lucháis. No he tenido más que comparar vuestra conducta con la de «ellos». Desde varios días antes de los combates tuvimos aquí guarnición y alojados en esta casa. Eran gentes extrañas, que hablaban una lengua para mí incomprensible. Sin embargo, hay un lenguaje que todo el mundo entiende: el de los pobres niños que tienen hambre. Y ellos han visto a mis nietos carecer de todo. Ellos se atracaban de comer, y nunca, nunca se les ocurrió ofrecerles un cacho de pan a mis pequeños. Vosotros, de todo lo vuestro nos habéis repartido. No sólo sois de otra raza, sino de otra alma. Con hombres como vosotros sí se puede esperar otra vida mejor.

J. F.

LA ULTIMA TRISTEZA DEL NEGUS

El rey de reyes está en una difícil situación económica. Sus recursos le permiten tener estufas solamente en las habitaciones destinadas a los hijos



El Negus, retratado en Gibraltar, frente a la costa andaluza, cuando llegó de Etiopía a bordo de un buque de guerra inglés

Las horas caminan de prisa. El tiempo devora febrilmente hombres y cosas. Glorias de un día son después olvidos, y las popularidades de hoy no tardarán en ser sombras difícilmente recordadas. Nuevos nombres, nuevos hechos, pasiones nuevas y nuevas curiosidades. El mundo camina de prisa, y no quiere volver la vista atrás.

Así, el nombre, la figura y el drama del Negus, que hace aún poco tiempo eran primer plano de la actualidad, se han ido borrando, esfumando, hasta apenas ser ya sino una sombra. Hailé Selassié, emperador de Abisinia, rey de reyes, figura que atrajo un día sobre sí toda la apasionada curiosidad del mundo, es hoy nada más un hombre menudo y silencioso, del que casi nadie se acuerda. Su rostro casi nunca se asoma ya a los periódicos y a los noticiarios cinematográficos. Pasó «la hora del Negus», vencida por nuevos nombres y nuevos afanes. Y entre las realidades y los convencionalismos, el drama de Abisinia ha sido ahogado, y la nueva situación del país es ya, de un modo o de otro, más o menos reconocida, expresa o tácitamente, por todos.

La última tragedia

Y entretanto, Hailé Selassié vive a solas su drama. El Negus, obscuro, olvidado, aislado, es sólo un hombre dolorido, cargado de recuerdos tristes, lleno de escepticismos y desencantos. Su vieja gloria de emperador, su leyenda de *León de Judá*, de soberano orgulloso y cruel, se han apagado bajo la ceniza del cielo inglés. Hailé Selassié lleva una vida vulgar y obscura. No de soberano en destierro, sino de ciudadano que llega a padecer acosos y necesidades.

Porque la última dramática verdad del rey de reyes es que vive con una gran modestia y que su horizonte económico está lleno de incertidumbres. El mismo no ha vacilado en confesarlo así a quienes se han acercado a su residencia de Bath, en Inglaterra.

—Vivo mal, pobremente. Carezco de muchas cosas que quisiera tener. Mis recursos, por ejemplo, no me permiten tener fuego en todas las habitaciones de mi casa.

Y así es, efectivamente. En su residencia, modesta, amueblada y decorada sin lujos, sólo tienen estufa las habitaciones de los hijos de Hailé Selassié.

Otros datos confirman esta mala situación económica del Negus. Quiere vender algunos objetos suyos que pudo sacar de Addis-Abeba. Trata también de vender su último automóvil. Y de que alguien le compre, igualmente, la casa en que hoy reside. Está dispuesto a reducir su vida cuanto sea preciso, para que la necesidad no sea mayor y no llegue a convertirse en angustiosa esta incierta situación de hoy.

«Yo confiaba en la Sociedad de Naciones»

Viven con él veintidós personas—hijos, familiares, servidores—. El propio garage de la casa ha tenido que ser convertido en habitación, para que en ella puedan tener alojamiento los sobrinos de Hailé Selassié. Y todo en la residencia, en la vida y en las costumbres del Negus y de los suyos fué transformándose, restringiéndose en un sentido de economía.

—No tengo—dice hoy el Negus—ingresos de ninguna clase. Vivimos del escaso capital que tenemos.

Magro, obscuro, febriles y hondos los ojos en el rostro anguloso, consumido, el Negus, al hablar así, refleja una amargura callada. Su palabra y su expresión tienen una serenidad triste, como de hombre a quien su pasado abruma, para quien la vida será ya siempre la pesadumbre del ayer.

—Cuando salí de Abisinia—ha añadido—, yo esperaba regresar pronto. Confiaba en la Sociedad de Naciones. Creí que ella me ayudaría para que yo pudiese volver a mi patria. Por eso no saqué de allí más que lo estrictamente necesario para hacer frente a las necesidades primeras. Pero me equivoqué. Nada hizo la Sociedad de Naciones. Y aquí estoy desde entonces. Y no sé ya para cuánto tiempo.

Esperaba regresar pronto, ha dicho. Esperaba regresar pronto cuando dejó su país, cuando atravesó el Mediterráneo, cuando pasó cerca de España. (En Gibraltar, en el Hotel Rock, pasaba horas y horas mirando obstinadamente el paisaje de España, abierto frente a él.) Esperaba regresar pronto cuando fué a Londres, cuando fué a Ginebra. Pero esta esperanza suya fué muriendo en el choque con la realidad. Todos se encogían de hombros. Y de peldaño en peldaño, de desilusión en desilusión, el Negus llegó un día a esta realidad actual de una difícil situación económica. Una vez más, la vida era la losa de los sueños.

Hoy, la pensión, como ayer el barco...

Algunas personalidades inglesas, ante esta zozobra económica del emperador de Abisinia, *León de Judá* y rey de reyes, han iniciado algunas gestiones cerca del Foreing Office. Quieren que se le conceda una pensión con la que el Negus y los suyos puedan verse libres del acoso de la necesidad. Posiblemente, Inglaterra, cortés, caballerosa y bien educada, conceda esa ayuda. Ya antes, bien educada, caballerosa y cortés, concedió un buque suyo, el *Capetown*, para que el Negus pudiese trasladarse a Inglaterra. Pero el Negus, hoy como ayer, ante la pensión dolorosa y ante el barco del destierro, hubiera preferido que ese gesto de ayuda se hubiese traducido en cañones y en aviones.

Cómo se organizaron los trabajadores madrileños

Cuando los panaderos cobraban 10 reales...

← En esta muchedumbre obrera que cruzó Madrid en 1908 para tomar posesión de la nueva Casa del Pueblo, era ya la de los trabajadores panaderos una de las organizaciones más importantes

PRIMERO fué la Sociedad de Obreros Panaderos de Madrid, que se constituyó en los comienzos de 1892, y en la que se agrupaban unos cuantos trabajadores de la industria de la panadería, incorporados a la lucha de clases por Pablo Cermeño, camarada de Iglesias en la Asociación del Arte de Imprimir.

—Los tipógrafos tenían ya su Sociedad, de la que fueron alimentándose espiritualmente las que se constituían de los diferentes oficios. Entre los panaderos —empieza recordando el veterano Vicente Marinas, con su *carnet* de afiliado número veintidós—faltó la iniciativa de la organización. Pero existía el sentimiento de la protesta, bajo unas condiciones de trabajo extraordinariamente abusivas. Y así pudo Cermeño agrupar a unos cuantos. Muy pocos. Tan pocos, que las juntas de la Sociedad se celebraban en las tabernas, y sobraba local siempre. En una de estas tabernas, en la calle de San Vicente, sobre un velador, se estampó el primer sello que tuvo la Sociedad de Panaderos de Madrid. En un año creo que no habríamos podido organizar ni trescientos compañeros. Pero ya entonces fuimos a una huelga. Y la huelga se ganó.

La primera huelga de panaderos de Madrid

—Todavía el obrero panadero vivía en el taller. No se le señalaba jornada de trabajo, ni dentro de éste diferencias de tarea. Se fabricaba, se repartía. Y se descansaba cuando no había nada que hacer. Pero se descansaba sobre el suelo. Sin una saca en que apoyarse ni una manta con que cubrirse. Y para que los patronos nos dieran aquella saca y aquella manta fuimos a la huelga.

—¿Qué ganaba entonces un obrero de la panadería?

—La comida (en casi todas las casas, mala comida) y noventa céntimos o una peseta. El jornal máximo, el del maestro de pala, diez reales. Pero el trabajador no se atrevía a pedir más. Se temía el despido. Y por ese mismo temor, el número de afiliados a la Sociedad sólo aumentaba muy poco a poco. Había que llevar a los compañeros por una persuasión difícil de muchos días, de semanas y meses de insistencia, casi por compromiso. Y a veces, hasta a garrotazos, si eran duros de convencer. Pero aquella huelga ganada hizo subir considerablemente las listas de asociados.

Vicente Marinas rehace sobre el recuerdo de aquellos tiempos las figuras de algunos camaradas de intensa y decidida actuación societaria. De los que supieron poner en la persuasión una expresión más entusiasta, y en los garrotazos, una energía más convincente: José Paz, Ramón Martín...

Más huelgas de los panaderos madrileños

—José Paz y Ramón Martín son, con Cermeño, los hombres que amasaron este duro bloque de lo que es hoy el Sindicato de Obreros de las Artes Blancas, con aquella levadura de la Sociedad de Obreros Panaderos de Madrid. Cada una de nuestras conquistas sólo servía de escalón para alcanzar una conquista nueva. Más huelgas de panaderos. En 1895, para que se suprimiera la comida que daban los patronos y se nos mejorase la retribución. Se ganó también. Y en 1899, por negarnos a realizar, como hasta entonces, el trabajo de carga y entrada de la leña en las tahonas. Y en 1902, por la [illegible] de aumento en los salarios. Y en 1906, por el descanso semanal. Ya la organización de los panaderos madrileños era una de las fuerzas más considerables en el movimiento obrero español. Y al adquirir el edificio de la calle del Piamonte, para instalar la Casa del Pueblo, fué la cédula de un obrero panadero, la del camarada Angel Quevedo Martínez, la que sirvió.

—Más de ciento cincuenta compañeros salieron en cuerda de presos desde el antiguo Frontón Gerte, siendo gobernador civil de Madrid don Alberto Aguilera, cuando celebramos una reunión para acordar una de aquellas huelgas. En otra, que duraba ya diez y ocho días, los trabajadores pedíamos un aumento de jornal de dos cincuenta pesetas, y los patronos accedían a concedernos dos pesetas. Los obreros no queríamos aceptar. Y sólo cuando acudieron al teatro de la Casa del Pueblo, donde estábamos reunidos, Pablo Iglesias, Besteiro, y luego, el gobernador, volvimos al trabajo—recuerda Marinas.

El Sindicato de Artes Blancas, en la organización obrera

Aquella Sociedad de Obreros Panaderos sería luego la Sección de Candeal cuando de la vitalidad de aquella primera organización nació el Sindicato de Obreros de las Artes Blancas de la provincia de Madrid.

—Que con sus Secciones, además de la de Candeal, de Repartidores, Viena, Confiteros, Galleteros, Churreros, Molineros, Francés, Gluten, y las de los pueblos de Chinchón, Aranjuez, Móstoles, Alcalá de Henares, Colmenar de Oreja, Colmenar Viejo, Arganda, Morata de Tajuña, continuaron aquella tradición de la Sociedad de Panaderos, que llevaba a sus hombres a las primeras filas de la lucha por la dignificación del trabajo y la elevación social del trabajador. Las represalias patronales, las persecuciones policíacas, las prisiones de nuestras Directivas, no quitaron nunca violencia a la actuación sindical de los obreros de la panadería. Manuel Cordero y Rafael Henche, del Sindicato de las Artes Blancas, son hombres destacados en el movimiento del proletariado español. Y ahí están, con ellos, Pablo Yagüe y Felipe García. Y cuando los trabajadores se lanzaron a la acción revolucionaria, los panaderos fueron, en 1909, contra Maura, y luego, frente a Canalejas, y en 1917 y en 1934, los combatientes más resueltos—dice Vicente Marinas.

Hasta 1936. Ya el mes de Julio que iba a partir a España en pedazos.

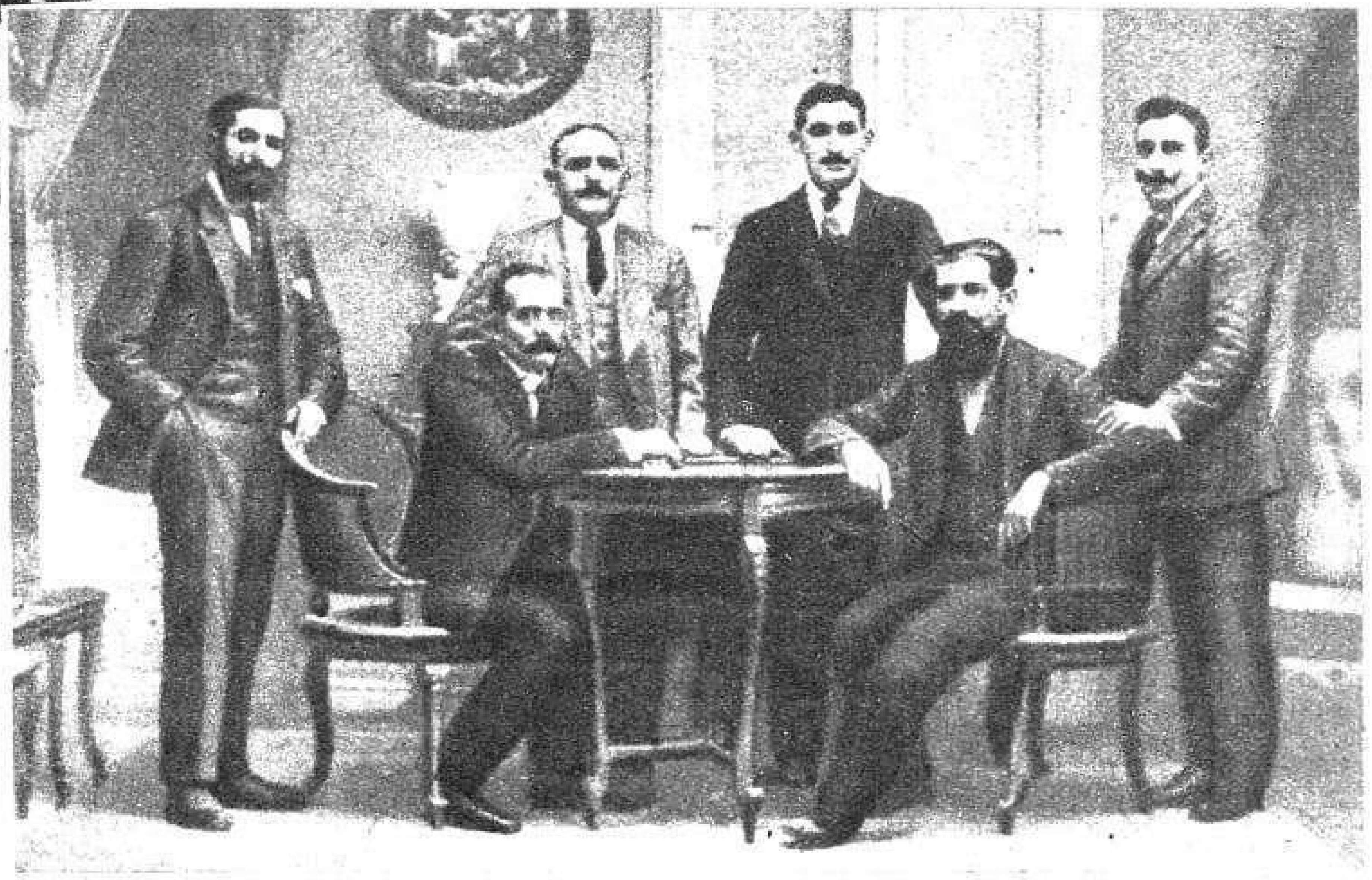
—Y que haría cambiar los instrumentos del trabajo por las armas en las manos de los trabajadores. De los Sindicatos obreros surgió, para defender la República frente al Ejército que se la sublevaba, otro Ejército popular—termina Vicente Marinas.

Y añade aún:

—¡El Sindicato de las Artes Blancas tiene tres mil doscientos setenta y cuatro compañeros en ese Ejército!

JOSE DE LA RIVA

Manuel Cordero, el veterano afiliado a las organizaciones panaderas de Madrid, cuando formaba parte, con otros camaradas, de uno de los Comités de huelga que fué encarcelado →



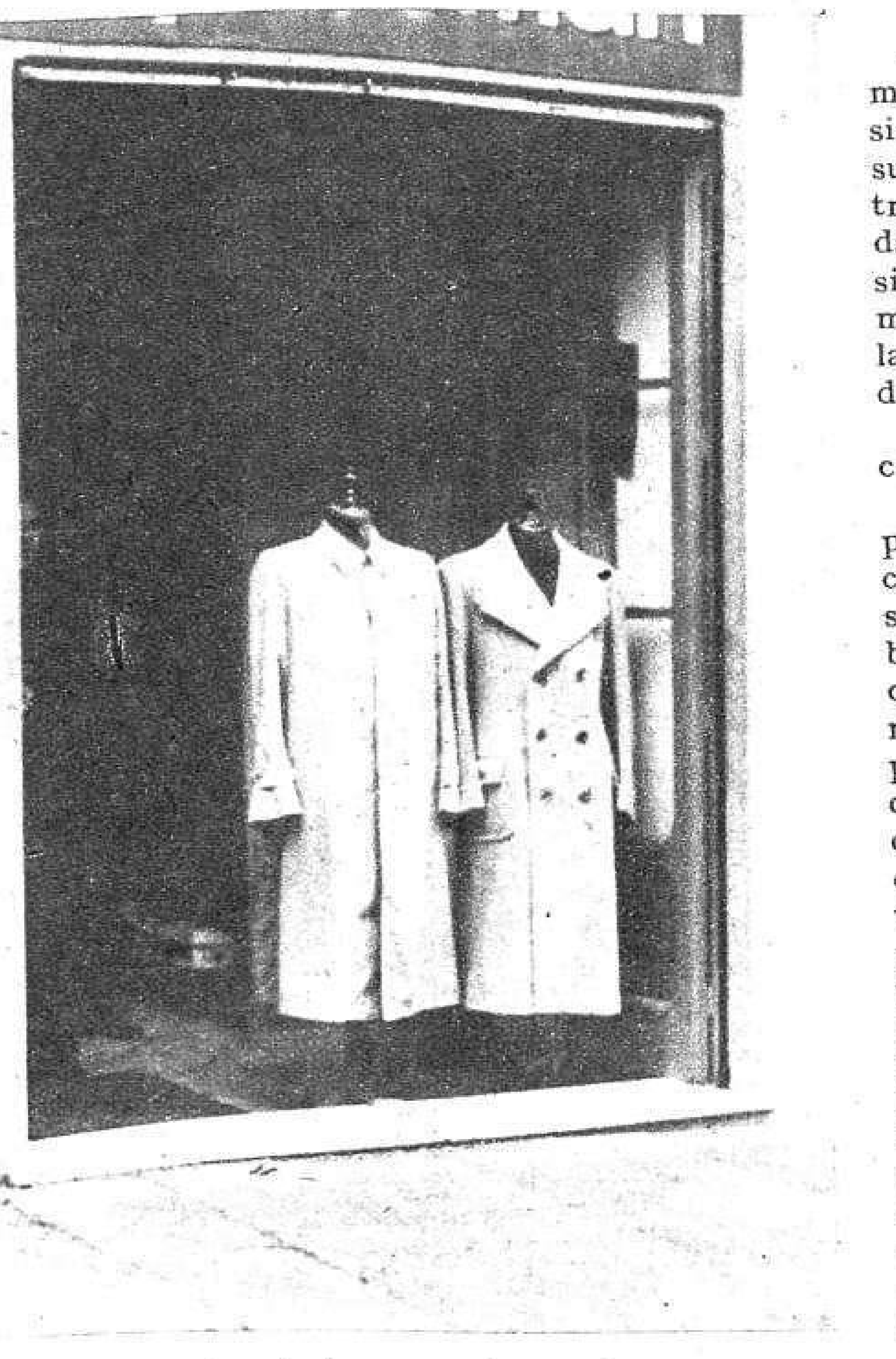
Con esta cédula del obrero panadero Angel Quevedo fué adquirida la casa de la calle del Piamonte donde iba a instalarse la Casa del Pueblo de Madrid ↓

Señora: RECUERDE MENSUALMENTE
PERLAS FEMI
SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD
DE VENTA EN FARMACIAS
Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona

"No sólo de pan..."

Las razones de un sastre "que conoce el paño"

En un año los paños han subido el ¡170 por ciento!



En los escaparates de las sastrerías se ofrecen a montones tentadores cortes de traje. Pero ninguno exhibe tarjetón con el precio... (Fot. Videa)

«No sólo de pan vive el hombre», dice un viejo refrán castellano. Y aunque «tripas llevan piernas», según el sabio decir de Sancho, la decencia y la defensa del cuerpo piden que las piernas no vayan desnudas.

Tan necesarios como los menesteres de la bucólica son los que el hombre requiere para adecentar su persona y preservarla de los rigores de la intemperie. «Antes despojárame yo de la piel que de un buen vestido», declama la experiencia del inmortal «Crispín».

Un pueblo bien vestido es casi siempre un pueblo bien alimentado, porque son pocos los vanidosos que sacrifican el alimento al atuendo. Cierto que no estamos en tiempos de exigir sibaritismos culinarios ni refinamientos de indumentaria. Pero así como todos, estoicamente, hemos reducido las necesidades alimenticias al mínimum compatible con las circunstancias y hemos sabido amoldar nuestro apetito a las posibilidades, no es mucho pedir que también, en lo que al vestido se refiere, se vea de poner a nuestro alcance las prendas de más imprescindible necesidad.

Los combatientes, muy justamente, tienen resuelto el problema, porque el Estado los viste y calza. Pero, ¿y la población civil? Su problema no es de escasez, sino de carestía. Hay en Madrid telas para trajes, zapatos, calcetines, ropas interiores... Pero entre sus actuales precios y las posibilidades económicas de la gran masa consumidora media un abismo. Los vestidos tienen un precio que en las actuales circunstancias no es exagerado calificar de astronómico. En los escaparates de las sastrerías se ofrecen a montones tentadores cortes de trajes. Puede observarse que ninguno exhibe tarjetón con el precio. ¿Es por modestia o por rubor?

Un veterano profesional, verdadero artista de las tijeras, nos confiesa explícitamente:

—Es que nos da vergüenza exhibir los precios actuales. El que entra en la tienda le consideramos ya un héroe que viene dispuesto a todo». Y aunque nos cueste trabajo, tenemos que confesarle que un traje que en época normal valía veintiocho duros, hoy no puede hacerse por menos de sesenta.

—Realmente—interrumpimos—, el momento es un poco peligroso.

—¿Poco?—nos ataja el industrial—. Tanto como batirse en un parapeto. Hay algún parroquiano paciente que escucha nuestras razones. Pero la mayoría se indigna—y con razón—, y ¡hay que oírlos! Y lo peor es que nos echan a nosotros culpas que no tenemos.

—Entonces, ¿quién?

—Vamos a explicarnos—dice reposadamente el camarada sastre—. Nosotros, en nuestro oficio, no somos sino unos trabajadores que transforman para el consumo una primera materia: el paño ,que convertimos en traje. Somos, al par, intermediarios, porque la diversidad de gustos de la clientela nos obliga a tener depósito de telas. Queda, pues, establecido que la base, lo mismo de nuestro comercio que de nuestro trabajo, es la tela, que «nosotros» no producimos, y en la que radica totalmente la actual carestía.

Hace una pausa, busca en su cartera unos datos, y continúa:

—Yo acabo de hacer un viaje a Barcelona para comprar géneros. He vuelto sin ellos, y asustado. Las telas corrientes, que ya hace seis meses habían aumentado su precio en fábrica en un 50 por ciento, ahora han subido ¡¡el 120 por ciento más!! Es decir, que el género que hace año y medio comprábamos a veinte pesetas el metro, ahora cuesta a ¡sesenta y seis pesetas! La tela para un gabán de tipo medio, por el que antes se podía cobrar ciento cincuenta pesetas, cuesta ahora, en Barcelona, a 75 pesetas el metro. Es decir, que el gabán en corte cuesta en fábrica 195 pesetas. Forros que antes costaban cinco y seis reales, los ponen ahora ¡a diez pesetas el metro! Los transportes, ya es sabido el gran porcentaje en que se han encarecido. Y la mano de obra, aquí, en Madrid, también. Y esto es lo de menos, porque es lo más justo. Pero es que no la hay. Todos los industriales sastres nos vemos forzados a rechazar muchos encargos por día, porque no tenemos personal auxiliar. Todos tenemos en nuestros escaparates anuncios pidiendo oficialas y aprendizas adelantadas. De personal masculino, no hay que hablar. Quedan algunos veteranos; pero la mayoría están movilizados, y las muchachas también trabajan para los servicios de guerra.

Resume sus informes el camarada sastre, un artista en su profesión, que ha hecho su prestigio en fuerza de acierto y de trabajo, diciendo:

—Esta es la situación. Nosotros somos los primeros interesados en que se acabe esta «carrera de precios», que nos impide trabajar. La campaña iniciada por el gobernador civil de Madrid sobre reducción del coste de los artículos de uso y vestido tiene todas nuestras simpatías. Pero el mal hay que atacarlo en su origen. Es decir, en las primeras materias. Ni nosotros ni nadie podrá vender en treinta duros un traje que entre tela, forros, mano de obra, hilos, botones y contribuciones de la industria, tiene de coste, sin contar nuestro trabajo profesional, casi el doble. Y ni aun para el que pueda o se resigne a pagar esto hay solución, porque no sólo escasea la mano de obra auxiliar, sino que es difícil adquirir géneros, aunque se decida uno a pagarlos. A mí me ha ocurrido en una fábrica de telas encontrar una pirámide de piezas que me parecieron convenientes. Cuando me disponía a elegir, un camarada «responsable» de la industria me detuvo, diciéndome:

—De éstas, no. Están ya todas vendidas a unos franceses. Las pagan mejor, con un sobreprecio, y, la verdad, camarada, aquí estamos a ganar.

J. F.

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demas enfermedades originadas por la **Arterioesclerosis** e **Hipertensión**

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: *dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad*, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países, *suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina;* no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2. Barcelona, Segalá Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

BLENORRAGIA

(PURGACIONES)

en todas sus manifestaciones URETRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUJOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta al completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad

Basta tomar una caja para convencerse de ello. Exigid siempre los legítimos CACHETS DEL Dr SOIVRÉ y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias

Agentes. -- *New-York:* Drug Importing C.°, 179, Adams Street Brooklyn. -- *S. José Costa Rica:* J. Carreras, Bazar Paris, Avenida Central. -- *S. Juan Puerto Rico:* J. Combas Peyork, Tetuán, 73.--*Cuba:* J. Carlos Guasch, Apartado 825 Habana

A NUESTROS LECTORES La escasez de papel, agudizada, como es sabido, en estos últimos días, nos obliga a publicar en este número solamente ocho páginas

Un estreno en Madrid

Se ha estrenado en Madrid, en el Teatro Eslava, el vodevil de Antonio González Alvarez, con música del joven maestro Sama, «¡Caray, qué señora!», que fué reidísimo y aplaudidísimo por el público que asistió al estreno. He aquí una de las más divertidas escenas de la nueva obra (Fot. Videa)

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

IV

EL DOLOR

La muerte

WINANKY es llevado con toda urgencia a un Sanatorio. Nada se puede hacer por él. Su vida se extingue aquella noche, mientras Ana María, enloquecida, llora las más dramáticas lágrimas de su existencia.

El director del Sanatorio pregunta a la muchacha la dirección de los familiares del capitán muerto. Ella recuerda que el capitán le había dicho que en un caso de necesidad acudiese a un señor llamado Matthesius, y residente en Berlín.

Van y vienen telegramas. Llegan al mismo hotel en que está Ana María los familiares del muerto. Ella pregunta al hermano mayor cuándo será el entierro de Carlos. El hermano contesta desabridamente a la muchacha. Eso no le importa nada a ella, a quien creen responsable de la vida desordenada y azarosa que en sus últimos tiempos llevó Winanky. La familia ignora, naturalmente, la actividad a que Carlos se dedicaba ahora. Sólo sabía que se había separado del Ejército, y veía en Ana María la mujer que lo arrastró hacia una situación incierta y lamentable.

—Nosotros rogamos a usted—decía el hermano mayor—que se abstenga de ir al entierro del pobre Carlos...

Aquellos documentos...

Llora y llora desconsoladamente la muchacha en el cuarto del hotel. Está ya rota su vida para siempre. Sus días no tendrán desde ahora afán ni objeto.

Alguien llama a la puerta de la habitación. Es un oficial del Ejército, perteneciente a la Comandancia Militar de Colonia. Se presenta con una exquisita corrección ante la dolorida muchacha.

—Tengo el encargo de rogar a usted la entrega de los documentos que el muerto llevaba consigo...

Abrumada por su dolor, Ana María lo había olvidado todo. Y ante las palabras del oficial, recuerda ahora que todos los documentos están cosidos en el forro de la chaqueta. Y así lo expone al visitante.

La familia, en tanto, está reunida en torno al muerto, en la capilla ardiente instalada en el Sanatorio. Esperan la hora del entierro.

Un oficial, vestido de paisano, se presenta allí. Lleva orden de la Comandancia Militar para incautarse provisionalmente del cadáver.

La familia no acierta a explicarse lo que ocurre. Al cabo de media hora es devuelto el cadáver. El entierro se organiza. El pobre Carlos Winanky queda allí, bajo la tierra, en el cementerio de Colonia.

En Berlín

Por la noche, el oficial de la Comandancia Militar de la ciudad se presenta de nuevo en el hotel. Quiere ver otra vez a Ana María; pero ésta se niega a recibirle. Está rota, deshecha. No quiere ver a nadie, ni hablar con nadie. Sólo piensa en su dolor, en el hombre amado que quedó allí para siempre. Sólo la muerte podrá ya unirle a él. Sólo la muerte podrá poner fin a la tremenda desesperación de ahora.

El oficial llama a la puerta del cuarto una y otra vez. Habla, suplica. Consigue, por fin, que Ana María le abra. Entra. Ve sobre una mesa un revólver, y se apodera inmediatamente de él. Luego empieza a hablar a la muchacha.

Al siguiente día, el oficial acompaña a Ana María a la estación, donde ella deberá tomar el tren, camino de Berlín. En Berlín se presentará—le dice el teniente—al señor Matthesius, cuyas señas le recuerda antes de partir el tren.

Berlín. Un hombre menudo, enjuto, anguloso, está esperando a la muchacha, a la que reconoce en seguida, vestida de luto. Salen juntos. Pocos minutos después, ella y Matthesius están en el despacho de éste. Sobre una mesa hay planos y papeles. Y entre ellos, los que Ana María cosió en el forro de la chaqueta del capitán.

Ella explica, aclara, amplía.

—Aquí, a la izquierda, las cifras representan los cuadros de los planos del Estado Mayor. Estas líneas significan trenes de campaña. Estas otras son trincheras. Aquellas de más allá son las de trincheras de primera línea. Esto significa una fortificación en estas condiciones. Y aquello...

Llanto entre sueños

Hablan y hablan. Ella hace dibujos y más dibujos. Explica con absoluta precisión cuantas aclaraciones e informes le va solicitando Matthesius. Cuando acaban esta labor, tras los cristales del balcón se empieza a dibujar una claridad azulenca.

—Es usted admirable. ¿Cómo ha podido saber y retener todo esto? Pero empieza ya a amanecer. Mañana continuaremos trabajando, ¿verdad?

Ana María pasa el resto de la noche en casa de Matthesius, acostada en un sofá, llorando bajo la pesadumbre de su duelo infinito, queriendo dormir sin conseguirlo, en la tortura de una pesadilla febril.

La muchacha habla de nuevo con Matthesius en la tarde siguiente. El dolor y el insomnio han puesto huellas profundas en el rostro de Ana María. Contrasta fuertemente su gran palidez con las ropas negras. En sus ojos, el llanto ha dejado hondos surcos mojados.

Las manos, finas y blancas, de Matthesius juegan como distraídamente con lápices y compases. Resbalan sobre los planos, trazan dibujos caprichosos en las hojas de papel.

—Bien. Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

«¿No podría yo...?»

Ana María tarda unos instantes en responder. Se la ve hundida en su vida interior, absorta y abstraída en el drama íntimo de su corazón.

Matthesius repite la pregunta:

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

Como volviendo de un mundo lejano, la muchacha responde:

—¿Que qué pienso hacer? No sé. Nada...

—Sin embargo, algo habrá usted de hacer...

—Lo único que ya me interesa es acabar cuanto antes, desligarme lo más pronto posible de esta vida...

—¿Cree usted que sería ese el deseo de su pobre muerto?

—No, claro. Pero... Es que yo necesitaría hacer algo que absorbiese toda mi vida, que me obsesionara, que se apoderase de mí de tal manera que me hiciera olvidar todas las otras cosas tristes...

Hay un silencio entre los dos. Matthesius sigue jugando con un lapicero sobre los papeles. Tras la pausa, Ana María sigue:

—¿No podría yo...?

Deja temblando en el aire, incompleta, la pregunta. Pero Matthesius la ha recogido ya, y sin necesidad de que la muchacha la formule totalmente, responde a Ana María:

—Creo que sí, si usted quiere. Posee usted unas condiciones excepcionales. Verá usted...

En el próximo número: V.—MANIOBRAS EN LOS VOSGOS

RIALTO

GRANDIOSO EXITO

de la formidable creación de

Jeanette Mac Donald

ROSE MARIE

PALACIO de la MÚSICA

Éxito grandioso del extraordinario film

ENTRE ESPOSA Y SECRETARIA

con Clark Gable, Jean Harlow y Myrna Loy

SALAMANCA

GRANDIOSO EXITO de la colosal superproducción de ambiente revolucionario

Joaquín Murrieta

Creación genial de **WARNER BAXTER**

MADRID-PARIS

Grandioso éxito

de la creación de

Marion Davies

La divina gloria

con **Pat O'Brien** y **Dick Powell**

CAPITOL

Formidable éxito

de la comedia policíaca

Mi ex mujer y yo

Creación de WILLIAM POWELL y JEAN ARTHUR

AVENIDA

3.ª SEMANA de la grandiosa producción

Bajo dos banderas

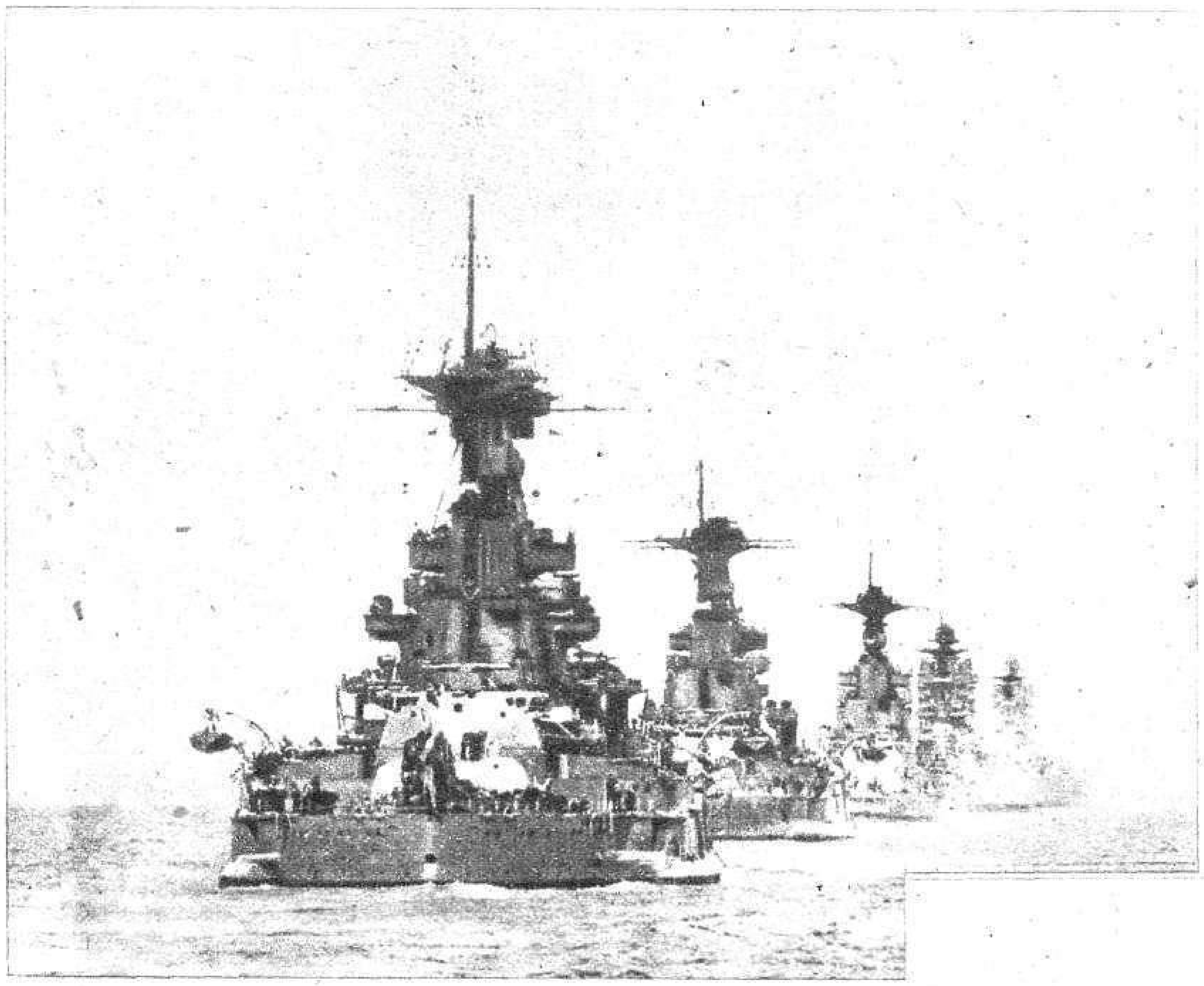
con CLAUDETTE COLBERT y RONALD COLMAN

UN FILM EXTRAORDINARIO

EL MUNDO CAMINA HACIA LA GUERRA

La carrera febril de los armamentos

Los gastos militares de 1913 y los de hoy



Una división de la escuadra inglesa. En los astilleros británicos se trabaja activamente en la creación de nuevas unidades como éstas...

El mundo camina hacia la guerra. Apenas pasa un día sin que un nuevo signo lo confirme. Resuenan, todavía, palabras de paz. Pero los hechos y los preparativos demuestran a diario que la guerra está latente y que un día, cualquier día, puede estallar la terrible tormenta.

Los países, todos los países, se arman febrilmente. Es una carrera frenética, enloquecida, por ver quién se arma más, mejor y primero.

Inglaterra: 450.000 toneladas más de buques de guerra

Inglaterra, por ejemplo, sigue con ritmo acelerado su programa de rearme. Actualmente tiene en construcción 450.000 toneladas de buques de guerra. Aparte de éstos, muy en breve serán terminados varios buques más, con un desplazamiento total de cincuenta y cinco mil toneladas. El coste total de estos barcos en construcción será, aproximadamente, de unos ciento treinta millones de libras esterlinas.

Los plazos señalados para la terminación de las nuevas unidades se están abreviando mucho. Por ejemplo, unos submarinos que deberían estar construídos para finales de 1938, se podrán ya poner en servicio en el próximo Mayo.

Un fusil cuyas balas atravesarán el blindaje de los tanques

Inglaterra, también, parece que sustituirá en breve los actuales fusiles de su Ejército con los de un modelo nuevo. Este tiene un calibre doble del habitual, y su peso es triple del usado ahora. Sus proyectiles podrán atravesar el blindaje de los tanques, y como son, al mismo tiempo, explosivos, causarán la muerte de los ocupantes del carro.

También los técnicos militares ingleses estudian ahora un nuevo modelo de cañón ligero que pueda destruir los carros de combate.

Un nuevo modelo de tanque

Un nuevo tanque ha sido creado ahora en los Estados Unidos. Tiene un peso de seis toneladas y va provisto de un motor de aviación con doce cilindros de potencia.

En los ensayos verificados ante los jefes y oficiales del Ejército norteamericano, el nuevo tanque ha alcanzado una velocidad de noventa y seis kilómetros por hora. Una fábrica norteamericana de armamentos ha adquirido los derechos para la construcción de millares de estos carros de asalto.

Alemania y su nueva flota de combate

Alemania intensifica igualmente sus armamentos para la guerra. Ha aparecido hace muy poco en Hamburgo el Anuario de Marinas de guerra, y según él, el plan de construcciones navales iniciado en 1937 alcanza la cifra de 335.000 toneladas, contra 290.540 en 1936.

En ese plan entran barcos de combate con un desplazamiento de 152.000 toneladas; cruceros pesados, con un total de 38.500 toneladas; cruceros ligeros, con 52.400 toneladas; destructores, con 36.870 toneladas, y submarinos, con 25.531 toneladas.

Entre los barcos de línea hay dos unidades armadas con cañones de treinta y ocho centímetros y doce cañones de quince centímetros. Están construyéndose en los astilleros de Hamburgo.

En Kiel se construyen dos porta-aviones de 19.250 toneladas. Y se proyecta también la construcción de dos cruceros ligeros de siete mil toneladas y quince destructores de 11.400 toneladas.

En una de las clases más interesantes de las flotas de guerra—los submarinos— se trabaja igualmente con gran intensidad. Se están construyendo diez submarinos de quinientas toneladas, dos de setecientas doce y veinticuatro de doscientas cincuenta. Se construirán, además, otros seis submarinos.

En los astilleros alemanes se ha empezado también la construcción de doce torpederos, cuyo desplazamiento total es de 9.500 toneladas, y otros doce de 600 toneladas cada uno.

Lo que el mundo gasta oficialmente en prepararse para la guerra

Y coincidiendo con todos estos datos e informes sobre la frenética carrera de armamentos que el mundo ha emprendido, la Sociedad de Naciones ha publicado su *Anuario Militar*, en el que se declara oficialmente —es decir, convencionalmente—la importancia de los gastos militares de todos los países.

Hace seis años, en 1932, los gastos militares de todo el mundo eran de 21.500 millones de pesetas oro; en 1934 eran de 25.500; en 1936, de 29.000. Este año último de 1937, de 35.000.

Naturalmente, estas cifras no representan la verdad de los gastos militares; son sólo las que aparecen en los presupuestos oficiales de los Estados. Los gastos efectivos son, por lo menos, el doble de los confesados.

En 1913—el año anterior a la Gran Guerra—, el mundo gastaba en armamentos doce mil quinientos millones de pesetas oro. En veinticinco años, esta cifra ha aumentado, como se ve, extraordinariamente.

En las cifras de 1937 corresponden a Europa las dos terceras partes de los gastos mundiales.

Las principales potencias militares europeas tienen los siguientes presupuestos oficiales en sus Ministerios de la Guerra: Inglaterra, 400 millones de pesetas oro. Alemania, mil millones; Francia, 952; Rusia, 1.000; Italia, 800.

Y este último hecho: los presupuestos para gastos militares en 1938 superan a los del año ahora extinguido.

* * *

¿Cuál será el final de esta terrible carrera de armamentos emprendida por el mundo?

En todos los ejércitos europeos, el tanque es considerado como un arma fundamental de ataque. En las guerras futuras lucharán verdaderos ejércitos de tanques

Buques, tanques y aviones: Los países crean constantemente nuevos aviones, que un día surcarán el espacio en vuelo de muerte

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid